

SERMO DEL SANTO PRESBITERO ERACLIO, DISCIPULO DE SAN AGUSTÍN,
PRONUNCIADO EN SU PRESENCIA. (C,S)

1. Creo, hermanos, que sentís mi carga; y pido que, al verme laborar bajo tan gran peso, me aliviéis con vuestros votos fraternales, como si fueran hombros que me sostienen. Pues sé que el beatísimo Padre, quien me impuso esta carga, no cesa de orar por mí. No me presionaría solo con su mandato y me abandonaría en su piadosa oración. Sin duda, hermanos, quien ordenó que lo soportara, ora para que lo soporte. ¿Qué es, entonces, lo que ordenó, sino atreverse a la ignorancia en presencia de la sabiduría, y hablar la impericia mientras calla la doctrina? Y aunque la Escritura dice, Habla, anciano: pues te conviene (Ecli. XXXII, 5); el Padre dice, Habla, joven: pues me deleita. Sabéis, hermanos, que ya había comenzado a hablar por vosotros la palabra de Dios. Recientemente asumí por necesidad del oficio, ya que no podía evadir este deber. Pero es fácil que cualquier discípulo supla el lugar de un maestro ausente: arduo y difícil es enseñar a los condiscípulos bajo un maestro; especialmente un maestro cuyo ejemplo de vida acompaña sus palabras, dándoles mayor autoridad. En todo bien que se nos insinúa con la palabra de la enseñanza, nos precede con el ejemplo de su vida. Nos precede, digo; ¡ojalá al menos lo sigamos! Todo lo que admiramos, veneramos y abrazamos en este hombre, se cree verdaderamente amado por nosotros si no nos pesa imitarlo. Por tanto, cada uno de nosotros, según nuestra medida, nos dirijamos hacia él, y existiendo de la raíz de su corazón, recojamos los diversos frutos de virtudes según nuestras capacidades. Quien pueda, que alcance su elocuencia: quien no pueda, que mantenga la continencia. Quien pueda, que cumpla con su autoridad: quien no pueda, que siga su humildad. Quien pueda, que aprehenda su conocimiento: quien no pueda, que imite su paciencia. Y en todos los caminos del Señor, quien pueda, que camine con él; y quien no pueda, que aprenda de él. Alegrémonos, hermanos, según la dispensación de los dones divinos, de tener en él lo que no tenemos en nosotros. Pues todo lo que vemos en él, es nuestro, si lo amamos.

2. Así que, mientras él calla, nosotros hablamos. Digo, mientras él calla, nosotros hablamos. La cigarra clama, y el cisne calla: pero no calla mientras nosotros hablamos, porque él habla también en nosotros. Si os decimos lo que de él aprendimos, él os enseña, ya sea por sí mismo o por mí. Sin embargo, hermanos, lo que nos impuso a nosotros, aún pequeños, apenas lo cumplen los grandes. Pero no por eso debemos desesperar, porque somos pequeños. Bendijo el Señor a los pequeños con los grandes (Sal. CXIII, 13). Se nos pide mucho, y somos débiles. Somos débiles, frágiles, de barro; pero ¿qué? ¿Agradará al Señor poner en un vaso de barro su tesoro, para que digamos también con el apóstol Pablo, Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7)? En su mano estamos nosotros y nuestras palabras (Sab. VII, 16), quien da la palabra a los que evangelizan con gran poder (Sal. LXVII, 12). ¿Qué pensáis, hermanos, que este dispensador tan sabio, si no supiera que ha colocado en nosotros el dinero del Señor, os mandaría distribuir algo? Es consciente de sus obras; es consciente de sus piadosos trabajos: sabe cuánto me ha sazonado con la sal de la palabra. Él es la sal viva de la tierra, que trae el sabor de la doctrina apostólica. Pero temo que no haya llevado su condimento a mi inculto corazón. Bien hizo, pues, en querer probar nuestro discurso. Bien hizo, en examinar cuánto de su sabor reconoce en nosotros. ¿Qué otra cosa se puede pensar, que entre otros padres y mis compañeros presbíteros me haya mandado hablar en su presencia, lo que antes no quería hacer, sino porque seguro de su madurez y erudición, quiso probar así nuestros rudimentos? Obedezco, hermanos, más saludablemente a lo que se me manda; y a quien me encomendé en el Señor para ser nutrido y educado, no me sustraigo. Examina, Padre piadoso y Maestro bueno. Interroga a la lengua, y que te dé testimonio del afecto del corazón. Todo lo que te agrade en nuestro discurso, reconoce que es tuyo: lo que te

desagrade, perdona, porque es mío: pero perdona de tal manera que corrijas; perdona de tal manera que castigues. Perdóname porque erré; castígame por haber errado: y así perdona al hombre, no al error: hasta que poco a poco todo lo que no ha sido plantado por ti, sea dejado.

3. Pero para hablar más bien con vosotros, amadísimos, que con él, no vaya a ser que en algo exceda los límites de la orden paterna; quien me mandó hablaros: en este hecho suyo pensemos en el apóstol Pablo, cuya Epístola acabamos de escuchar cuando se leía. Pues cuando preparaba al joven Timoteo para los divinos misterios, e imbuía la mente del joven con doctrinas celestiales, decía, Predica la palabra; y poco después, Haz obra de evangelista, cumple tu ministerio (II Tim. IV, 2). Entonces si él dijera, No puedo; Pablo respondería, ¿Por qué no puedes, hijo? ¿No aprendiste las Sagradas Escrituras desde la infancia (Id. III, 15)? Esto, hermanos, no se me puede decir a mí. Pues como muchos de vosotros sabéis, ya vine aquí siendo adulto. Durante todo el tiempo de mi infancia, que más fácilmente se moldea y dirige con la norma de la doctrina, estaba ocupado en otras cosas. Pero ciertamente, lo que debo confesar, desde que vine, cuanto pudo, trabajó en mí el santo agricultor, y mucho se esforzó en vencer nuestra dureza. Nunca me faltaron lluvias ni semillas: y por eso ahora quien sembró la semilla, busca el fruto. Oremos para que sus granos no hayan degenerado en nosotros: y todo lo que en palabras o en costumbres haya progresado con su cultivo y el incremento dado por el Señor, no sea espina, sino espiga. Lo que ya resta, amadísimos, pidámoslo juntos, que así como yo obedecí a sus preceptos más allá de mis fuerzas, así él mismo no se sustraiga al deseo de todos nosotros, sino que después de este nuestro sermón se digne hablaros aunque sea brevemente; para que al partir os deleite recordar, y al recordar no os pese rumiar saludablemente. Sin embargo, para que no parezca que he consumido todo el sermón en excusas sin haber amonestado a vuestra Santidad, escuchadme, hermanos. Todo lo que siempre habéis oído, recibido y aprendido de nuestro Padre, pensad en ello, hacedlo; y el Dios de paz estará con vosotros (Filip. IV, 8, 9). Amén.

FRAGMENTOS DE ALGUNOS SERMONES DE SAN AURELIO AGUSTÍN QUE AÚN SE DESEAN, ENCONTRADOS EN LAS COLECCIONES DE EUGIPIO, BEDE, FLORO Y JUAN, DIÁCONO DE LA IGLESIA ROMANA. (C,S)

Del Sermón contra los Pelagianos, en el tomo 2 de Eugipio, capítulo 287 o 288.

1. El obispo Urbano. El error de los pelagianos, que las tentaciones pueden ser vencidas por las fuerzas del libre albedrío, y que no se trata de las tentaciones de los pecados en la oración dominical. Esos dos, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y, No nos dejes caer en la tentación (Mat. VI, 12 y 13), cuando se les objeta a los pelagianos, ¿qué pensáis que responden? Me horroricé, hermanos míos, cuando lo escuché. Yo no lo escuché con mis propios oídos, pero mi santo hermano y coobispo Urbano, quien aquí fue presbítero y ahora es obispo de Sicca, cuando regresó de la ciudad de Roma, y allí discutió con alguien que sentía de esa manera, o refería haber discutido, cuando se le urgía con el peso de la oración dominical: lo urgía, y le decía, Si está en nuestro poder no pecar, y está en nuestro poder superar todas las tentaciones de los pecados solo con las fuerzas de nuestra voluntad, ¿por qué le decimos a Dios, No nos dejes caer en la tentación? ¿Qué pensáis que respondió? Rogamos, dijo, a Dios que no nos deje caer en la tentación, para que no suframos algo malo que no tenemos en nuestro poder: que no caiga del caballo, que no me rompa el pie, que un ladrón no me mate, y cosas por el estilo. Pues estas, dijo, no las tengo en mi poder: pero vencer las tentaciones de mis pecados, si quiero, puedo, y sin la ayuda de Dios puedo.

2. La herejía maligna es refutada por la oración encomendada por Cristo y aplicada por Pedro. Veis, hermanos, qué herejía tan maligna; veis cómo todos os horrorizáis: tened cuidado de no ser atrapados. Conozco las astucias y tergiversaciones de los hombres impíos apartados de la verdad, y porque ya han caído en sus propias sentencias, no quieren ser vencidos; ved, os lo ruego. Pues encontré qué decir, que por eso decimos, No nos dejes caer en la tentación, para que no nos suceda algo que no tenemos en nuestro poder según la tentación corporal. ¿Acaso decía el Señor, Velad y orad para que no entréis en tentación (Mat. XXVI, 41)? ¿Decía esto, Velad y orad, para que no os rompáis un pie, o no os duela la cabeza, o no caigáis en una pérdida? No decía esto: sino ¿qué decía? Lo que dijo a Pedro, He rogado por ti, para que no desfallezca tu fe (Luc. XXII, 32). He rogado, dijo, por ti, dice Dios al hombre, el señor al siervo, el maestro al discípulo, el médico al enfermo: He rogado por ti: ¿qué? ¿Para que no desfallezca: qué? ¿Tu mano? ¿Tu pie? ¿Tu ojo? ¿Tu lengua, alguna parálisis, es decir, disolución de los miembros? No; sino, para que no desfallezca tu fe. Según estos, tenemos en nuestro poder que no desfallezca nuestra fe.

3. Las oraciones de la Iglesia prueban que la ayuda de la gracia es necesaria para no pecar. ¿Por qué se ruega a Dios por nosotros, para que nos conceda lo que estos dicen que no debemos rogar a la majestad eterna, sino tener en nuestro poder? Las bendiciones, hermanos míos, nuestras bendiciones, que hacemos sobre vosotros, las vacían, las anulan, las eliminan. Me escucháis, creo, hermanos míos, cuando digo, Convertidos al Señor, bendigamos su nombre, que nos conceda perseverar en sus mandamientos, caminar en el camino recto de su enseñanza, agradarle en toda buena obra, y cosas por el estilo. En verdad, dicen, todo esto está en nuestro poder. Entonces, ¿nosotros os deseamos tales cosas en vano? Defendámonos a nosotros y a vosotros; para que no bendigamos sin razón, y vosotros no suscribáis Amén sin razón. Hermanos míos, vuestro Amén, es vuestra suscripción, es vuestro consentimiento, es vuestra aprobación. No sea que algunos de ellos nos condenen a nosotros y a vosotros, defendámonos del apóstol Pablo: veamos si deseó a su pueblo cosas como las que oramos sobre vosotros. Escuchad lo que dijo en un lugar. Digo algo breve. ¿Qué dices, oh nuevo hereje, quienquiera que me escuches, si estás presente? ¿Qué dices? Que no pecar lo tenemos en nuestro poder, de tal manera que podemos cumplirlo sin la ayuda de la gracia divina; ¿dices esto? Esto, dice. Entonces, ¿tenemos en nuestro poder no pecar sin la ayuda de Dios? Claro, dice, nuestro libre albedrío nos basta para esto. ¿Qué es entonces lo que dice el Apóstol, escribiendo a los Corintios, Oramos a Dios, para que no hagáis nada malo (II Cor. XIII, 7)? Habéis atendido, habéis escuchado, habéis recibido; y porque es clarísimo, sin duda habéis entendido lo que oró el Apóstol. Oramos, dice, a Dios, para que no hagáis nada malo. Podría haber dicho: Os advertimos, para que no hagáis nada malo; os enseñamos, para que no hagáis nada malo; os mandamos, os ordenamos. Lo cual, si lo dijera, ciertamente diría, porque también nuestra voluntad hace algo: pues nuestra voluntad no hace nada, pero sola no basta. Sin embargo, prefirió decir, Oramos, para que se encomiende la gracia: para que entendieran ellos, cuando no hacen algo malo, que no evitan el mal solo con su voluntad, sino que cumplen lo que se les manda con la ayuda de Dios.

4. El precepto muestra el libre albedrío, la oración muestra la necesidad de la ayuda de la gracia. Por tanto, hermanos, cuando se manda, reconoced el libre albedrío de la voluntad: cuando se ora por lo que se manda, reconoced el beneficio de la gracia. Pues ambos están en las Escrituras: se manda, y se ora; lo que se manda, eso se ora. Ved lo que digo. Se manda que entendamos. ¿Cómo se manda que entendamos? No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Has oído que se manda; pide, para que puedas cumplir lo que se manda. ¿Cómo, dices, pido? Escucha la Escritura. ¿Qué se te manda? No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. Porque se manda, has

reconocido la voluntad: escucha que se ora, para que reconozcas la gracia. Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos (Sal. CXVIII, 73). Se manda que tengamos sabiduría: porque se manda, leo. ¿Dónde lees, dices? Escuchad: Vosotros insensatos del pueblo y necios, entended alguna vez (Sal. XCIII, 8). Ya él dice: Ves cómo nos mandó Dios que seamos sabios. Entonces, ¿la sabiduría está en nuestro poder? Ya dije, he oído el precepto, he conocido la voluntad: escucha la oración, para que puedas reconocer la gracia. De la sabiduría, pues, que se nos manda, escuchemos lo que dice el apóstol Santiago: Si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente (Santiago I, 5). Se nos manda la continencia. ¿Dónde se manda? El apóstol a Timoteo, Contento a ti mismo (I Tim. V, 22). Es un mandato, es una orden; debe ser escuchado, debe ser hecho: pero a menos que Dios ayude, permanecemos. Nos esforzamos por hacer con la voluntad, y la voluntad se esfuerza en algo: no presume el poder, a menos que la debilidad sea ayudada. Ciertamente se manda: Contento a ti mismo. Escucha otro lugar de la Escritura: Y cuando supe, dice, que nadie puede ser continente, a menos que Dios lo dé; y esto mismo era sabiduría, saber de quién es este don. ¿Y qué, dice, hice? Me acerqué al Señor, y le rogué (Sab. VIII, 21). ¿Qué necesidad hay de recorrer mucho, hermanos míos? Todo lo que se nos manda, debe ser orado para que se cumpla: pero no de tal manera, que nos dejemos a nosotros mismos, y como enfermos yacemos supinos, y digamos, Que Dios llueva alimentos sobre nuestros rostros; para que absolutamente no queramos hacer nada; y cuando el alimento haya sido llovido sobre nuestra boca, digamos también, Que Dios trague por nosotros. Debemos hacer algo también, debemos esforzarnos, debemos intentar; y en lo que podamos, dar gracias; en lo que no podamos, orar. Cuando das gracias, te cuidas de no ser condenado como ingrato: pero cuando pides lo que aún no tienes, te cuidas de no quedar vacío, porque eres impedido.

5. Objeción de los Pelagianos. Cómo fue absuelto Pelagio. Pensad, pues, estas cosas, hermanos míos, quienquiera que se acerque a vosotros, y os diga: ¿Qué hacemos, entonces, si no tenemos nada en nuestro poder a menos que Dios lo dé todo? Entonces, ¿no nos coronará Dios, sino que se coronará a sí mismo? Ya veis que viene de esa vena: es una vena, pero tiene veneno; pues ha sido golpeada por la serpiente, no está sana. Esto es lo que hace hoy Satanás, cómo a través de los venenos de los herejes expulsa de la Iglesia, como entonces a través de los venenos de la serpiente expulsó del paraíso. Que nadie diga que fue absuelto por los obispos: fue absuelta, pero la confesión, como si la corrección misma fuera absuelta. Porque lo que dijo ante los obispos, parecía católico: pero lo que escribió en sus libros, los obispos que absolvieron, no lo sabían; y tal vez fue corregido. Pues no debemos desesperar del hombre, quien tal vez prefirió unirse a la fe católica, y huyó a su gracia y ayuda; tal vez esto sucedió: sin embargo, no es la herejía la que es absuelta, sino el hombre que niega la herejía, etc.

Del Sermón sobre la Pasión del Señor, en la Colección de Beda y Florus a Rom. V.

Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; mucho más, estando reconciliados, seremos salvos en su vida (Rom. V, 10). Por tanto, Cristo murió por los impíos. Y Cristo es Dios. ¿Cómo no reinará el justo encontrado en la vida de Dios, cuando, para que no pereciera, el impío fue buscado por la muerte de Dios? Pues en la vida de Dios seremos salvos, porque en nuestra vida perecimos. Pero cuando escuchamos tanto la vida de Dios como la muerte de Dios, distingamos qué, de dónde es. Pues nos trajo vida, pero aceptó la muerte de nosotros: y no por su mérito, sino por nosotros.

También del Sermón sobre la Pasión del Señor, Beda y Florus a Rom. XII.

Quien se exalta, será humillado; y quien se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 14). Por tanto, cuando el Apóstol nos advierte, que no seamos sabios en lo alto, sino que consintamos con los humildes (Rom. XII, 16); piense, si puede, en cuán grande es el precipicio de la soberbia al que se lanza el hombre, si no consiente con el humilde Dios; y cuán pernicioso es que el hombre soporte impacientemente lo que el justo Señor quiso, si Dios soportó pacientemente lo que quiso el enemigo injusto.

También del Sermón sobre la Pasión, Beda y Florus a Rom. XV.

Por tanto, el Rey de los judíos es Cristo, bajo cuyo yugo suave también las naciones fueron enviadas a la salvación; porque a ellas se les concedió con mayor misericordia. Esto lo muestra más claramente el mismo Apóstol, donde dice, Pues digo que Cristo fue hecho ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los Padres; pero las naciones glorifican a Dios por la misericordia (Id. XV, 8 y 9). Pues no era debido quitar el pan de los hijos, y echarlo a los perros, a menos que los perros humillados para recoger las migajas, que veían caer de la mesa de los señores, por esa misma humildad fueran exaltados y hechos hombres, mereciendo así acercarse a la misma mesa.

También del Sermón sobre la Pasión, Beda y Florus a Gal. VI.

Gloriémonos, pues, también nosotros en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo nos es crucificado, y nosotros al mundo (Gal. VI, 14). De la cual cruz, para que no nos avergonzáramos, la colocamos en la misma frente, es decir, en el domicilio de la vergüenza.

También del Sermón sobre la Pasión, Beda y Florus a Ephes. IV.

Neque enim, como algunos piensan, el hombre viejo es el cuerpo, y el hombre nuevo es el alma: sino que el cuerpo es el hombre exterior; el alma, el interior. En el interior se lleva a cabo esta vejez y novedad. Pues cuando el Apóstol decía, Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo; no ordenaba que se dejara el cuerpo, sino que se cambiara la vida para mejor. Esto finalmente lo enseñó consecuentemente; pues queriendo explicar lo que había dicho, Por lo cual, dice, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo (Efes. IV, 22-25).

Del Sermón sobre la Resurrección del Señor, Beda y Florus a Rom. VI.

Porque el que ha muerto, al pecado murió una vez; pero el que vive, vive para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Este es el sacramento, en el cual los que son bautizados experimentan el ocaso de la vida vieja, y comienzan la entrada a la nueva. Por eso el mismo dice: Fuimos, pues, sepultados con él por el Bautismo en la muerte; para que así como Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI, 10, 11, 4). Por este sacramento reconozcamos que estamos muertos al pecado con Cristo, y vivimos para la justicia en Cristo. En la cruz está el dolor de los confesores: en la sepultura, el descanso de los absueltos: en la resurrección, la vida de los justos.

Del Sermón de las octavas de Pascua, entre los Colectáneos de Juan diácono en el Génesis aún no publicados.

GEN. cap. I, V. 3. Luz hecha.

1. Y dijo Dios, Hágase la luz; y se hizo la luz, etc. Por el nombre de la luz entendemos por alegoría a todos los justos y fieles, como dice el Apóstol; Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Pero esta luz fue hecha: Sin embargo, era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9), que no fue hecha, sino nacida de Dios. Aquella luz no fue hecha, y por la no hecha fue hecha esta. Así también el firmamento: como de Dios luminoso fue hecha la luz, así de Dios firme fue hecho el firmamento. Y encontramos que el firmamento en la Iglesia debe entenderse como la autoridad de las Escrituras divinas: y por eso primero la luz, después el firmamento; porque la Escritura fue hecha por hombres justos, y si no se justificaran primero, para ser luz, la Escritura no podría propagarse, para que se hiciera firmamento entre las aguas y las aguas, medio entre los pueblos de los hombres inferiores y los pueblos de los Ángeles superiores. ¿Por qué? Porque los Ángeles no desean progresar a partir de las Escrituras, por eso no están bajo el firmamento, bajo la autoridad de las Escrituras; porque ellos contemplan la esencia de la divinidad y la sabiduría. Nosotros, sin embargo, con razón estamos bajo el firmamento, a quienes la voluntad de Dios se nos revela a través de la autoridad de las Escrituras, etc.

Mar y tierra seca. Hierba de pasto.

2. Vemos la tierra, vemos el mar; son obras de Dios: estas están sujetas a nuestros ojos, aquellas están sujetas a nuestros entendimientos: estas son conocidas por nuestra carne, aquellas son conocidas por nuestra mente. ¿Qué es la tierra seca en la Iglesia? Se llama seca a toda alma sedienta de Dios. Pues las aguas fueron separadas, y apareció la tierra seca. Este mar es el siglo, y las aguas malas son amargas; fueron separadas y reunidas en una sola congregación, es decir, predestinadas a un solo fin, al cual Dios dirige a todos los que separa de los santos. Pero Dios separa; pues el hombre no puede separar estas cosas: y aparece la tierra seca por la separación. Pon dos hombres juntos; uno desea el espectáculo, el otro la iglesia. Unidos en cuerpo, se separan en deseos. Aquel pertenece al agua amarga, este aparece como tierra seca. ¿De dónde probamos que esta tierra es seca, que significa a los hombres deseando el bien? El Salmo dijo a Dios: Mi alma como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6), mi alma te ha deseado. Desea, es seca: ha sido separada de las aguas del mar. No atienda porque aún no está separada en cuerpo: ya el deseo ha hecho la separación. Unos desean a Dios, otros desean el siglo. ¿Qué, pues, desea la tierra seca? Lluvia del cielo, lluvia de las nubes, lluvia de las Escrituras, lluvia del firmamento. Pero cuando desea la lluvia, desea agua dulce, separada del agua amarga. Pero Dios sabe que la tierra seca desea: pues está oculta y en secreto. Los deseos del mar, es decir, los deseos seculares son aparentes. Si alguien desea dinero, se mueve hacia ese dinero, quiere adquirirlo; porque el dinero es cosa visible, su deseo aparece. Pero quien desea a Dios, su deseo está oculto; porque Dios está oculto, a quien desea: está dentro, es cosa oculta. Ciertamente desea, y es seca; pero aparece a los ojos de Dios. Y no dejó de dar fruto; inmediatamente dijo, Produzca la tierra hierba de pasto. Produzca la tierra el mismo día en que fue hecha seca. No pudo esa tierra seca estar sin fruto por mucho tiempo. Escuchemos también nosotros la palabra de Dios: y produzca la tierra hierba de pasto, es decir, buenas obras de misericordia, de las cuales dice Isaías, Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo introduce en tu casa, etc. (Isai. LVIII, 7). Por tanto, el firmamento es la Escritura de Dios: las luminarias en el firmamento son la inteligencia de las Escrituras: las luces en el cielo, el entendimiento en las Escrituras. ¿Quieres llegar a la luz celestial? Primero sé tierra dando frutos, es decir, precedan las obras de misericordia: después de las obras de misericordia, viene la iluminación de aquella luz que deseas, etc.

Luminaria mayor y luminaria menor.

3. Y dijo Dios, háganse luminarias en el firmamento del cielo, y separen el día de la noche. Los evangelistas son luminarias, la Escritura de Dios es el firmamento. Pero el Evangelio, que tiene testimonio de la Ley y los Profetas, son luminarias en el firmamento del cielo. Sin embargo, el pequeño en la Iglesia aún no puede tomar alimento, pero está contento con la leche, lo que significa la luminaria menor y las estrellas. Y por eso la luminaria mayor para el dominio del día, la luminaria menor para el dominio de la noche. Mientras los hombres son carnales, y no pueden pensar en aquella sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas, están en la noche: pero no abandonó la noche; le proporcionó fe. Pues Dios no abandonó la noche, le dio sus luminarias. El día busca el sol, el sol le basta: la luna y las estrellas fueron dadas a la noche, la iluminan; y cuando la luna no brilla sobre la tierra, esa luz que está en el aire, es de las estrellas. De ahí que salgamos afuera de noche, y veamos los árboles; y si no los distinguimos, sin embargo, vemos de alguna manera la luz de las estrellas: y por eso cuando las nubes son densas, se quita también la luz de las estrellas, y así está el hombre ante sí bajo el cielo, como dentro en el cuarto. Por tanto, también la noche tiene su cierta luz. Veamos qué dice el Apóstol en esos dones, en esos dones espirituales: A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho. ¿Cómo se da? A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia (I Cor. XII, 7, 8). Quien entiende qué diferencia hay entre la palabra de sabiduría y la palabra de ciencia, ha entendido qué diferencia hay entre la luminaria mayor y la luminaria menor. Escuchemos la palabra de sabiduría: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio, etc. Los que comprenden, es de día, el sol les ilumina: pero si no primero desde la noche, no han llegado a la luz; pues las tinieblas estaban sobre el abismo, y dijo Dios, Hágase la luz. Nadie diga que comenzó desde la luz. Pues todos somos justificados desde los pecadores. Que comprendan, pues, los que pueden lo que dije del Evangelio. Pero me dicen, No entendimos qué es, En el principio era el Verbo. Si, pues, aún es de noche, atiende porque el Verbo asumió carne, y te hizo como una luz nocturna. Pues el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 2, 3, 14). Y en la zarza Dios habla por el ángel a Moisés. Escucha dónde está la palabra de sabiduría. ¿Cómo te llamas, dijo Moisés? ¿Cómo te anunciaré al pueblo? Si se dice, ¿Quién te envió? ¿qué diré? Escucha la palabra de sabiduría: Dirás a los hijos de Israel, El que es me envió a vosotros. ¿Quién puede comprender, El que es? Las demás cosas no son. ¿Quién verdaderamente es? El que no pasa, el que siempre permanece inmutable. Pero este es el alimento de los grandes, este es el sol del día. Y como si Moisés le dijera, Aún soy de noche, ilumina la noche. Algo diré que la noche puede comprender, algo diré que los pequeños pueden retener: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Por tanto, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14, 15), para el dominio del día: Yo soy el Dios de Abraham, para el dominio de la noche. La fe temporalmente dispensada, ilumina la noche: la sabiduría siempre permaneciendo, ilumina el día. Nutre en la noche, para que avancemos hacia el día. Por tanto, las demás estrellas son los dones. Pues cuando dijo, A uno se le da palabra de sabiduría, como el sol para el dominio del día: a otro se le da palabra de ciencia, como la luna para el dominio de la noche: da también estrellas, a otro don de curaciones, a otro profecía, etc. Reptiles de almas vivas. La virtud del sacramento es la caridad.

4. Y dijo Dios, Produzcan las aguas reptiles de almas vivas, y aves. Y produjeron las aguas peces, y grandes cetáceos, y aves del cielo. Y vio Dios que era bueno, etc. Veamos, pues, qué dicen las Escrituras. Luz por luz, justos por palabra. Firmamento del cielo, solidez de las Escrituras. Aguas bajo el firmamento, pueblo terrenal: aguas sobre el firmamento, pueblo celestial. Tierra seca separada de las aguas del mar, almas sedientas de Dios de la multitud de los delitos del siglo. La tierra produce hierba de pasto y árboles frutales, obras de

misericordia. Luminarias en el firmamento del cielo, predicadores de la palabra, Evangelistas y Apóstoles, dones espirituales. Atendamos, pues, a las luminarias que recorren todo el mundo, y vean cómo producen las aguas reptiles de almas vivas. Los Evangelistas recorren, se evangelizan los hombres. Por tanto, reptiles de almas vivas, se entienden los Sacramentos. ¿Por qué? Porque para esto son necesarios los Sacramentos, para que se evangelicen a las naciones, y de las naciones se separen los hombres; esto es, para que las aguas produzcan aquellas amargas, y se hagan peces dulces. Pues es una gran cosa; nadie puede gustar el agua del mar, pero sí comer los peces: nacen en amargura, y se alimentan. Estos son los Sacramentos dulces, que fueron enviados por todo el mundo. Pero se llaman reptiles de almas vivas: aún no alma viva. ¿Por qué? Esto es algo denso para entender. Escucharon ahora, cuando se leyó la lectura, que Simón el Mago fue bautizado, y no dejó su mala mente (Hechos VIII, 13-23): tuvo la forma del Sacramento, no tuvo la virtud del Sacramento. Escucha al Apóstol qué dice de los impíos: Teniendo, dice, la apariencia de piedad, pero negando su poder (II Tim. III, 5). ¿Cuál es la apariencia de piedad? El Sacramento visible. ¿Cuál es el poder de la piedad? La caridad invisible. Escucha el poder de la piedad: Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, etc. Y si tengo esto y aquello, pero no tengo caridad, nada soy (I Cor. XIII, 1-3). Pues los Sacramentos son santos y grandes: pero el hombre no es nada, si no tiene caridad. Por tanto, la virtud del Sacramento es la caridad. La cual caridad no tiene el hereje, aunque en él encuentro la forma del Sacramento. Por tanto, cuando el hereje viene a mí, respeto la forma del Sacramento, para no rebautizar: pero devuelvo la virtud del Sacramento, para insinuar la raíz de la caridad. Por tanto, será el alma viva, que la tierra produce, para que sea alma viva, ya teniendo la virtud del Sacramento. Esto es, pues, lo que se dijo, Produzcan las aguas reptiles de almas vivas, etc.

Creación de almas vivas. Alma viva. Virtud de la piedad. Caridad. Hombre a imagen de Dios.

5. También dijo Dios, Produzca la tierra alma viviente según su género, etc. El sexto día dijo Dios, Produzca la tierra alma viva: no reptiles de almas vivas, sino alma viva. Y produjo la tierra todos los ganados, y bestias, y serpientes, y todo lo que se arrastra sobre la tierra. Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios, el mismo día sexto, cuando la tierra produjo alma viva, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, etc. Dijimos que Dios hizo la luz, es decir, todos los fieles: hizo el firmamento en el mundo, el cielo entre las aguas y las aguas; hizo el firmamento en la Iglesia, la autoridad de las Escrituras entre los pueblos de los Ángeles; a quienes esto no es necesario, y los pueblos de los hombres, que allí buscaran a Dios: Dios hizo en el mundo la separación del mar de la tierra, Dios hizo en la Iglesia la separación de las naciones de sus siervos: la tierra seca desea la lluvia, los hombres en la Iglesia desean la lluvia celestial: la tierra produjo hierba de pasto y árboles frutales, los hombres en la Iglesia producen obras de misericordia: se hacen luminarias en el cielo, luminaria mayor, palabra de sabiduría; luminaria menor, palabra de ciencia: estrellas, dones de curaciones, profecía fe, etc.; todas estas cosas en el firmamento del cielo. Cuando, pues, comenzaron a caminar y recorrer todo el mundo, las aguas generaron, es decir, de las naciones surgieron reptiles de almas vivas, Sacramentos santos; y hombres consagrados teniendo la forma: pues la forma del Sacramento está en el hombre, y a veces la virtud del Sacramento sigue inmediatamente, pero ya en la tierra que ha sido separada; por eso la tierra produce alma viva. Y en verdad, hermanos, es necesario ser alma viva. Los hermanos han recibido el Bautismo, que siga la virtud a la forma. Que el Bautismo no sea para juicio, sino para salvación. Fue para juicio para Simón el Mago, para salvación para Pedro. Veamos, pues, qué es el alma viva, que la tierra produjo. Atiendan al hombre; tiene cuerpo, tiene alma. En esa misma alma tiene muchos movimientos similares a las bestias; y tiene no sé qué otra

cosa, que no tienen las bestias. ¿Qué movimientos tiene similares a las bestias? Comer y beber, dormir y vigilar, y generar. ¿No son comunes a nosotros con las bestias? Estos movimientos, quien los proyecta en la lujuria, tiene un alma muerta, no un alma viva. ¿De dónde probamos? Escucha al Apóstol: Pero la que vive en placeres, viviendo está muerta (I Tim. V, 6). ¿Qué es vivir en placeres, sino esos movimientos del alma, que tenemos en común con las bestias, soltarlos en voluptuosidades y concupiscencias desmedidas, en voracidad, en embriaguez, en fornicación, en somnolencia? Viven en placeres los que así viven; pero vivos están muertos. Pero si se constriñen todas esas afecciones, y esos movimientos se mantienen en castidad, en continencia, la tierra produce alma; que porque estaba muerta en placeres, resta que refrenada de los placeres comience a vivir, y a tener la virtud de la piedad. ¿Cuál es, pues, la virtud de la piedad? La caridad en Dios y el prójimo. Pero quien tiene caridad, refrena por la fe todas las lujurias, todas las concupiscencias, todos los movimientos de su alma, que tiene en común con las bestias, será alma viva. Y sigue que ya se forme el hombre a imagen y semejanza de Dios. Pero se forma cuando todas estas cosas, que se han dicho, se concluyen en ese hombre. Pues también Dios hizo la luz, dicho está del hombre en la Iglesia: y Dios hizo el firmamento, por el hombre la autoridad de las Escrituras: y separó las aguas de la tierra, las naciones de los creyentes: y la tierra germinó hierba de pasto, obras de misericordia: y luces en el cielo, santos Evangelistas en el hombre: y la tierra produjo reptiles de almas vivas, Sacramentos; y esto en los hombres: después produjo alma viva, refrenaciones de todas las lujurias; y esto en el hombre. Une todas estas cosas al entendimiento; y el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Atiende de dónde probamos eso. Por eso de cada una decía, Y vio Dios que era bueno. Pero cuando hizo una cosa mejor, no vio que fue hecha mejor. Pero en el mismo hombre concluye todas las cosas que fueron hechas, y se dijo, Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno. Ya desde hace tiempo decía de cada una, que eran buenas; hecho el hombre nombró todas. Se entiende que aquellas cosas individuales se encuentran todas en el hombre. ¿Buscas en el hombre la luz? Encuentras la fe. ¿Buscas el firmamento? Encuentras la autoridad de las Escrituras. ¿Buscas la separación de las aguas? Encuentras al fiel separado de las naciones. ¿Buscas que brote hierba y árboles frutales? Encuentras buenas obras, obras de misericordia. ¿Buscas luminarias del cielo? Encuentras a los Evangelistas. ¿Buscas reptiles de almas vivas? Encuentras Sacramentos. ¿Buscas alma viva? Encuentras continencia. ¿Buscas en el hombre al hombre? Encuentras la imagen y semejanza de Dios.

Del Sermón de la Quincuagésima de la resurrección, Florus a I Cor. I.

El Señor Cristo se humilló, para que conociéramos ser humildes: fue concebido conteniendo todas las cosas, nació generando todas las cosas, murió vivificando todas las cosas: pero al tercer día resucitó, y ascendió al cielo, y la carne humana que había asumido, la colocó a la derecha del Padre. Es maravilloso, hermanos, y esto es lo que los impíos no quieren creer; es maravilloso que un hombre haya resucitado en carne, y haya ascendido al cielo con carne: pero es mucho más maravilloso, que todo el mundo haya creído una cosa tan increíble. ¿Qué es más increíble, que Dios haya hecho tales cosas, o que el mundo haya podido creerlo? ¿Qué, si también consideramos el modo en que el mundo creyó? también este se advierte verdaderamente divino, y se encuentra muy maravilloso. A los no instruidos en disciplinas liberales, y completamente en cuanto a las doctrinas del siglo se refiere, no pulidos, no expertos en gramática, no armados de dialéctica, Cristo envió a pescadores con las redes de la fe al mar del siglo, siendo muy pocos. ¿Qué digo muy pocos? Envió a doce; y sin embargo, por ellos llenó las Iglesias de toda clase de peces, de modo que muchos incluso de los mismos sabios del siglo, a quienes la cruz de Cristo les parecía ignominiosa, se signan con ella en la

frente; y de la cual pensaban que debían avergonzarse, y nos insultaban, la colocan en la cima del pudor.

Del Sermón sobre el Apóstol Pablo, en la conversión de cierto Fausto pagano, Florus a Rom. XIV.

No podemos ver ni mostrar el corazón del hombre. Dios dice: "Lo que está manifiesto es para vosotros; lo que está oculto, es para mí". El apóstol Pablo dice: «Hermanos, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y aclare lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios» (I Cor. IV, 5). No puedes examinar el corazón de un nuevo cristiano. ¿Acaso puedes el corazón de un cristiano veterano? Diréis: "Pero creyó por necesidad". También podría decirse de aquel de quien hablábamos antes, "que antes fue blasfemo, perseguidor e injurioso" (I Tim. I, 13). A él también se le impuso cierta necesidad: fue derribado por una voz celestial; para tener luz, perdió la luz. Amenaza lo que quieras, y da cuanto quieras a cualquier hombre: ¿qué hay más dulce que esta luz? Sin embargo, si Pablo no la hubiera perdido, no habría recibido la eterna. Creyó por necesidad. ¿Qué temió? Que se me diga qué temió. ¿Las ovejas que claman? Las ovejas pueden clamar, pero no pueden morder. También pudo, en el mismo clamor de las ovejas de Dios, advertir la gloria de Dios y temer el juicio de Dios. Fue despertado de un cierto sueño, para considerar que se cumplía en Cristo lo que se había predicho de Cristo, que el nombre de Cristo tenía tanto poder, que la gloria de Dios prevalecía tanto. Así que brevemente digo a vuestra Caridad; hablo a la Iglesia de Dios, hablo al pueblo de Dios: Si creyó, tú lo encontraste; si temió, tú venciste. Mientras tanto, hermanos, hasta donde los hombres pueden, no nos apropiemos de lo que no se nos ha concedido. El apóstol dice: "Recibid al débil en la fe, no para discutir opiniones" (Rom. XIV, 1). No nos apropiemos de juzgar los pensamientos de los demás: sino que ofrezcamos nuestros pensamientos a Dios, incluso por aquellos de quienes tal vez dudamos algo. Tal vez su novedad duda de algo. Amad más abundantemente al que duda: con vuestro amor curad la duda del corazón débil. Ved el rostro interior, del cual os alegráis; encomendad el corazón a Dios, por el cual oráis. Sabed que es abandonado por los malos, que sea acogido por vosotros. Amad más al hombre, que antes odiabais el error. Así vino Cristo a sanar a los enfermos, de quien escuchamos en el Evangelio: «Porque no necesitan médico los sanos, sino los que están mal» (Mat. IX, 12). «¿Y quién es el hombre que, habiendo perdido una oveja, no deja las noventa y nueve en los montes, y va a buscar la que se había perdido, y cuando la encuentra se alegra de ella? Así se alegra mi Padre de un pecador que se arrepiente, más que de noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento» (Id. XVIII, 12-14, y Luc. XV, 4-7). Así vino Cristo a sanar a los enfermos, así sabe vengarse misericordiosamente de sus enemigos. Aquellos que tal vez sienten dolor por sus compañeros de error, se enojan por un momento, pero después tal vez los imiten. Así que, hermanos, lo encomendamos a vuestras oraciones, a vuestro amor, a vuestra amistad fidelísima, y a la acogida de su debilidad. Como precedéis, así sigue: enseñad el buen camino, que encuentre lo bueno en vosotros. Ya hecho cristiano, discierna la diferencia entre lo que dejó y lo que encontró. Su vida y su dedicación a la fe de Cristo serán probadas por los tiempos posteriores: pero ahora, hermanos míos, no fue necesario, no fue el consejo de los pastores rechazar al que llama, diferir al que busca. Juzgar los secretos del corazón y no aceptar la voz manifiesta, no fue ni nuestro consejo ni nuestro propósito. Sabemos cómo amenaza esa misericordiosa avaricia de Dios que busca ganancias por todas partes de su dinero, y dice al siervo perezoso que quiere juzgar lo que no veía, y que se adormece en recoger las ganancias del Señor: «Siervo malo, te condeno por tus propias palabras. Dijiste que soy un hombre severo, que siego donde no sembré, recojo donde no esparcí:» conocías, pues, mi avaricia. «Debías haber dado mi dinero a los banqueros, y yo al

venir lo habría exigido con intereses» (Luc. XIX, 22, 23). Nosotros, pues, no pudimos sino distribuir el dinero del Señor. Él será el cobrador, no solo de él, sino de todos nosotros. Cumplamos, pues, el oficio de distribuidor, no usurpemos el lugar del cobrador. Así que, hermanos míos, tened en mente la obra de Dios: buscabais otra cosa, disponíais otra cosa, encontrasteis otra cosa. Encomendamos la obra del Señor, siervos a consiervos. Amemos más en él lo que nuestro Señor hizo, que lo que queríamos hacer. Porque sus obras son mejores. Y escuchamos su gran y devota voz: No quiero el mayorazgo, quiero ser cristiano. Alegraos, exultad, amad más de lo que odiabais. Encomendad su obra a Cristo con oraciones: mostradle un ánimo fiel, piadoso, amigo de los rudimentos del anciano. ¿Qué importa que veáis ya una edad avanzada? Vino a la viña en la hora novena, para recibir igual salario, etc.

Del Sermón sobre el Natalicio de San Cuadrato, Beda aún no publicado en II Cor. IV.

El bienaventurado apóstol Pablo aportó testimonio de las Escrituras, en el cual nos recomendó la gloria de los mártires. Por lo cual está escrito, dice, Creí por lo cual hablé. Y nosotros creemos, por lo cual hablamos (II Cor. IV, 13). Pues si solo hubieran creído, y no hablado, no habrían padecido. Creyendo alcanzaron la vida, y hablando encontraron la muerte; pero una muerte en la que el cuerpo corruptible se sembraría, y la incorrupción se cosecharía. Este sentido, es decir, que creemos por lo cual también hablamos, en otro lugar el mismo apóstol lo explicó así: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Del Sermón sobre las tres varas, Beda y Floro en I Cor. I.

¿Por qué eligió primero el Señor a los ignobles, a pocos inexpertos e incultos, cuando tenía ante sus ojos una gran multitud, en comparación con aquellos pobres menos numerosos, pero en su género muchos ricos, nobles, doctos, sabios, que después también reunió, el Apóstol expone el sacramento: Dios eligió lo débil de este mundo para confundir a los fuertes; y lo necio de este mundo eligió Dios para confundir a los sabios; y lo ignoble de este mundo eligió Dios, y lo que no es, es decir, lo que no se cuenta, para que lo que es sea anulado (I Cor. I, 27 y 28). Porque vino a enseñar humildad, y a combatir la soberbia. Vino un Dios humilde: de ninguna manera buscaría aquí primero a los altos, quien vino tan humilde. Primero, porque eligió nacer de aquella mujer que estaba desposada con un carpintero. No eligió, pues, un nacimiento noble, para que en esta tierra la nobleza no se ensoberbeciera. No eligió siquiera nacer en una ciudad grandiosa, sino que nació en Belén de Judá, que ni siquiera se llama ciudad. Hoy en día los habitantes de aquel lugar la llaman aldea: tan pequeña, tan exigua, casi nada es, si no fuera ennoblecida por el nacimiento del Señor Cristo. Eligió, pues, a los débiles, pobres, indoctos: no porque dejara a los fuertes, ricos, sabios, nobles; pero si los hubiera elegido primero, parecería que se elegían a sí mismos por el mérito de sus riquezas, por el mérito de sus posesiones, por el mérito de su linaje, y, inflados por estas cosas, no recibirían la salvación de la humildad, sin la cual nadie puede regresar a aquella vida, de la cual no habríamos caído sino por la soberbia.

También del Sermón sobre las tres varas, Beda aún no publicado en I Tes. II.

Me hice pequeño entre vosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos (I Tes. II, 7). Por eso no dijo, Madre, porque a veces las madres son más delicadas, o menos amorosas con sus hijos, cuando los han dado a luz los entregan a otros para que los críen. De nuevo, si solo hubiera dicho, Como una nodriza que cuida; y no hubiera añadido, a sus hijos: parecería que los había recibido para criarlos de otra que los dio a luz. Y se llamó a sí mismo nodriza, porque alimentaba; y a sus hijos, a quienes él mismo había engendrado, diciendo: Hijos míos,

por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Pero engendra, como engendra la Iglesia en su seno, no con su semilla.

Del Sermón sobre el bien de las Nupcias, Beda y Floro en I Cor. VII.

El que pueda aceptar esto, que lo acepte (Mat. XIX, 12). Pero no puedo, dice. ¿No puedes? No puedo. Que te acoja cierta autoridad nutricia del Apóstol, para que si no pueden contenerse, cásense. Que se haga algo, de donde se llegue al perdón. Que pertenezca al perdón, para que no se caiga en la pena eterna. Que se haga lo que se permite, de donde se perdone lo que no se permite. Esto indica lo que sigue: Preferiría que se casaran, a que se consumieran (I Cor. VII, 9). Concedió, digo, algo de incontinencia porque temió algo mayor: temió las penas eternas, temió lo que espera y permanece para los adúlteros. Incluso esto que los casados, vencidos por la concupiscencia, usan entre sí más allá de la necesidad de procrear hijos, lo pongo entre aquellos por quienes se dice cada día, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12).

Del Sermón sobre lo que está escrito, Mat., cap. XVI, 24, Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo: Beda aún no publicado en I Tes. V.

Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, etc. Cuando un hombre ve a alguien viviendo mal, y tal vez prestando algo a la Iglesia, y no lo corrige, huye en su ánimo. ¿Qué es huir en el ánimo? Temer. El temor es una huida interior. ¿Por qué teme? Porque es un mercenario. No sea que aquel reciba mal que se le corrija, y no dé lo que solía. Ve venir al lobo, es decir, al diablo rompiendo el cuello del que vive mal; y huye en su ánimo, se abstiene de la corrección útil, lleno de temor. Pero el que es pastor, y tiene cuidado por las ovejas, no lo deja, y hace lo que dice el Apóstol, Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, etc. No piense, pues, nadie que un pastor piadoso, o quien se dice pastor, porque no devuelve mal por mal, cuando más bien devuelve mal por bien. Pues aunque aquel sea un pecador malvado, de sus bienes da a la Iglesia: pero aquel le devuelve mal por bien, al sustraerle la corrección. Pero como todo esto debe hacerse por amor; y a veces los hombres consideran a sus correctores como enemigos: por eso, cuando dijo, Corregid a los inquietos; añadió, consolad a los pusilánimes. Pues tal vez por la corrección comienza a desfallecer, y se perturba: entonces te corresponde consolar. Sostened a los débiles: para que no caigan por la debilidad. Si la debilidad lo hizo tambalear, que la caridad lo acoja en su seno. Y después de haber dicho esto, añadió al final, Mirad que ninguno devuelva mal por mal a nadie (I Tes. I, 14, 15). Por tanto, la corrección no es mala si se hace. Pero la buena oveja, cuando es corregida por su superior, ¿qué dice? Que el justo me corrija con misericordia (Sal. CXL, 5).

Del Sermón sobre lo que dijo el Señor, Luc. cap. XI, 10, 11, Pedid y recibiréis: Beda aún no publicado en II Cor. XII.

Encontramos que los malos pidieron y recibieron, y los buenos pidieron y no recibieron. Pues ¿qué hay peor que los demonios? Y sin embargo pidieron los cerdos y recibieron (Mat. VIII, 31, 32). Y se encuentra que Dios no cumplió el deseo de los apóstoles, y cumplió el deseo de los demonios. ¿Qué decimos, pues, sino que el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19), y de ellos todo el que pide recibe? Pero aún queda la duda sobre el apóstol; pues él no estaba fuera de los que son suyos, quien dijo esta sentencia, El Señor conoce a los que son suyos. Por tanto, todos los que son suyos, piden y reciben. Pero buscamos ¿qué? Pues las cosas que se piden para esta vida temporal, a veces son útiles, a veces perjudiciales: y cuando Dios sabe que son perjudiciales, no las da a sus deseosos y peticionarios: como tampoco el médico da lo que el enfermo pide; y negando por amor, lo que concedería sin amor. Por tanto,

escucha a todos los suyos para la salvación eterna; no escucha a todos para la codicia temporal: y por eso no escucha para esto, para escuchar para aquello. Finalmente, considera también las mismas palabras. Cuando no recibió por lo que rogó al Señor tres veces, le dijo: Te basta mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9). ¿Qué deseas de mí que se quite de ti el aguijón de la carne, que recibiste para que no te ensoberbezcas en tus revelaciones? Sin duda por eso lo pides, porque no sabes que te beneficia. Cree al médico: lo que impuso, es amargo, pero útil; causa dolor, pero engendra salud. Mi poder se perfecciona en la debilidad. Tolera, pues, la debilidad, si deseas la salud: tolera la debilidad, si deseas la perfección, porque mi poder se perfecciona en la debilidad.

Del Sermón sobre las palabras del Apóstol, No tenemos lucha, etc. Beda y Floro en Efes. VI.

No tenemos lucha contra carne y sangre. Porque no solo te persigue el hombre, sino el diablo a través de él; y antes de que te dañe en el cuerpo, se mata a sí mismo en el corazón. No tenemos lucha contra carne y sangre; hombres contra hombres, que son carne y sangre: sino contra principados y potestades, gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efes. VI, 12); porque así como Cristo gobierna y dirige a los que son luz, así el diablo precipita e incita a los que son tinieblas a todo mal. Por tanto, el Apóstol nos exhorta a que no oremos contra el hombre malo, sino contra el diablo que obra con él; y hagamos todo lo que podamos, para que el diablo sea expulsado y el hombre liberado. Pues así como si en una batalla alguien de la parte contraria viene armado montado a caballo, no se enoja con el caballo, sino con el jinete; y cuanto puede, desea hacer esto, para herir al jinete y poseer el caballo: así se debe actuar con los hombres malos; y no contra ellos, sino contra aquel que los incita, se debe trabajar con todas las fuerzas; para que mientras el diablo es vencido, el infeliz que había comenzado a poseer sea liberado.

Del mismo Sermón, Beda y Floro en I Cor. XII.

El que dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). ¿Cuál es ese camino en el que Cristo anduvo? ¿Cuál otro, sino la caridad, de la que dice el Apóstol, Aun os muestro un camino más excelente (I Cor. XII, 31)? Si, pues, queremos imitar a Cristo, debemos correr por el mismo camino, que Cristo dignó andar incluso colgado en la cruz. Pues estaba fijado en la cruz, y corriendo el camino de la caridad, suplicaba por sus perseguidores. Finalmente, así dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Y nosotros, pues, supliquemos continuamente por todos nuestros enemigos, para que el Señor les conceda enmienda de costumbres e indulgencia de pecados.

Del Sermón, Cómo debe ser el obispo, y donde Pablo reprende a Pedro: Beda aún no publicado en I Tim. III.

Es necesario, pues, que el obispo sea irreprochable (I Tim. III, 2). ¿Quién lo niega? Pero aunque sea necesario que el obispo sea irreprochable, ¿acaso conviene que el cristiano sea reprochable? Obispo es un nombre griego: en latín puede decirse superintendente o visitador. Nosotros somos obispos, pero con vosotros somos cristianos. Nos llamamos propiamente por la visita: comúnmente todos por la unción. Si la unción es común, también la lucha es común. ¿Por qué, pues, visitamos, si no hay nada bueno que ver en vosotros?

Del Sermón sobre el Sábado, Floro en II Cor. III.

Pero cuando se convierta al Señor, se quitará el velo. El velo, no Moisés es anulado: el velo, no la ley. Atended cómo vino el Señor, y el velo es anulado: cuando colgó en el madero, el

velo se rasgó. ¡Oh gran misterio! ¡Oh inefable sacramento! Los transgresores de la ley lo crucificaron, y los secretos de la ley se revelaron. ¿No fue aquella cruz la llave del Señor? La sostuvo, y disolvió lo cerrado. Pero los judíos, incluso con el velo rasgado, tienen el rostro cubierto. Pero nosotros, dice el Apóstol, con el rostro descubierto contemplando la gloria de Dios, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 16, 18).

Del Sermón sobre las Calendas de Enero contra los Paganos, Juan diácono en Levítico.

El apóstol Pedro dice a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo: Pueblo santo, sacerdocio real (I Pedro II, 9). Entonces solo un sacerdote era ungido, ahora todos los cristianos son ungidos. Era ungido el rey, era ungido el sacerdote, los demás no eran ungidos. El Señor llevaba ambas personas, no en figura, sino ya en verdad, de rey y sacerdote. Por esto el apóstol dice del mismo Señor, Que fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. I, 3). He aquí, pues, el linaje real. Por tanto, de la simiente de David por María se dice Cristo, porque ella era de la simiente de David. Pero ¿dónde está el linaje en María? Está escrito en el Evangelio que el sacerdote Zacarías tenía por esposa a Isabel de las hijas de Aarón. Por tanto, de linaje sacerdotal; porque toda esa tribu es de Leví. Pero en el Evangelio se dice a la virgen María por el ángel, Tu parienta Isabel (Luc. I, 36). Si, pues, Isabel, una de las hijas del sacerdote Aarón, era parienta de María, no se duda que la virgen María pertenece no solo a la sangre real, sino también a la sacerdotal. Por lo cual en el Señor, según el hombre que asumió, está presente ambas personas, la real y la sacerdotal. Por eso, pues, entonces en figura se ungían dos, el rey y el sacerdote, lo cual se ha cumplido en nuestra cabeza, de la cual es manifiesto que toda la Iglesia es el cuerpo. Por lo cual merecidamente somos llamados linaje real y sacerdotal.

También del Sermón sobre las Calendas de Enero contra los Paganos, Juan diácono, *ibid.*

En aquellos antiguos sacramentos se prefiguraba a nuestro único Señor Jesucristo. Un solo sacerdote entraba en el sanctasanctórum: pero todo el pueblo permanecía afuera. ¿Acaso ahora, cuando los obispos asisten al altar, ustedes están afuera y no adentro? Entonces, un solo sacerdote entraba en el sanctasanctórum una vez al año. El año simboliza todo el tiempo. Así, una vez en todo el tiempo, entró en el sanctasanctórum, no figurado, sino verdadero, más allá de los velos de los cielos, nuestro único sacerdote resucitado de entre los muertos, el Señor Jesucristo, ofreciéndose a sí mismo por nosotros. Entró, y allí está. Pero el pueblo aún permanece con nosotros afuera: todavía no hemos resucitado para ir al encuentro de Cristo y permanecer siempre con Él en el interior, cuando dirá al buen siervo, Entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 21). Esto, por tanto, se prefiguraba entonces por un solo sacerdote entrando en el sanctasanctórum y el pueblo permaneciendo afuera, lo cual ahora se ha cumplido por nuestro Señor Jesucristo entrando solo sobre los secretos de los cielos, y el pueblo aún gimiendo afuera, salvado en esperanza; esperando la redención de su cuerpo, que sucederá en la resurrección de los muertos.

También en el Sermón de las Calendas de Enero, contra los Paganos, Juan diácono, *¡ibid!*

Él mismo, el sumo sacerdote, ofrece nuestras oraciones, quien se ofreció a sí mismo como holocausto por nosotros. Él es quien nos conduce, interponiéndose, no para cerrar el paso, sino para guiar; no para separar, sino para reconciliar; no para impedir, sino para romper los impedimentos. Él es el único pontífice y el único sacerdote, que se prefiguraba en los antiguos sacerdotes de Dios. Por eso se buscaba un sacerdote sin mancha corporal; porque Él

solo vivió sin mancha de pecado incluso en carne mortal. Pues lo que se prefiguraba en el cuerpo de ellos, en la vida de Él se significaba que sucedería.